

ALMA JOVEN

PERIÓDICO QUINCENAL

JEFE DE REDACCION

Diego Sánchez Jara

- DIRECTOR -

Antonio Aguilera Bernabé

REDACCION: Díaz Cassón, 4, pral.

ADMINISTRACION: S. Antolín núm. 4.

Precio de suscripción: 0'50 ptas. trimestre

COMENTARIOS

¡La Humildad!... ¡Cuanto se ha ensalzado, y cuanto se ha escrito de ella, recomendándola como remedio infalible para combatir las pasiones insanas: La soberbia y la envidia!

Humildad, es, el reconocimiento de la propia é individual pequeñez. Cuando el hombre afirma su innegable, su evidente insignificancia, es cuando camina más directo y veloz por el camino de la perfección moral: de tal modo es esto cierto, que en la historia de la virtud y la santidad, vemos y fueron aquellos varones que se reconocieron y proclamaron pequeños, no solamente en parangón con las grandes maravillas de la Creación, sino entre sus mismos semejantes, los que merecieron con más títulos y percibieron más grata la sonrisa aprobatoria de Dios, realizando así y en cuanto a ellos incumbía el fin ideal de la Humanidad.

La Humildad, es virtud excelente; contra ella, atenta el hombre que irguiéndose altivo, se considera superior a los demás; la hiere cruelmente, el que pretende erigirse en acusador é inculpador de sus semejantes.

* * *

Imaginemos un hecho, démosle por realizado; observemos, deduzcámos.

Se celebra una fiesta de amistad; varios señores, alrededor de una mesa, terminada la comida, conversan, y dentro de la debida compostura alegremente se expansionan. ¡Qué alegría, qué placidez, qué cuadro tan halagador!; pero ved con qué poca cosa, un acto, que solo debía despertar simpatías, podría merecer las más acres censuras de cualquier observador. Un comensal ha alzado su voz y ha dirigido un cargo, ha dirigido una acusación. ¿A quién? a un joven. ¿Presente? no; está lejos, donde no puede oír, donde no puede defenderse, donde no puede refutar la acusación. Ese joven ciñe la túnica de la pureza en la intención del desinterés, en el sentir de la sinceridad en el obrar, pero bastará pronunciar unas palabras rencorosas, para que la nivea vestidura quede manchada, manchada en la espalda, donde el joven, que indudablemente camina en la vida, hácia adelante y con la mirada en alto, no podrá

advertirlo. En la tertulia se le conoce, hay algunos que fueron sus amigos, quien sabe si aun lo son; por eso interesa el tema iniciado, por eso se espera la declaración sensacional. La voz inculpadora dice: «Hay que combatir á ese hombre; ese joven enarbola una bandera que no sabe defender y que seguramente traiciona; ese joven ejerce una labor, que podrá ser bella, que podrá ser altruista, pero que hay que destruir, para aniquilar con ella al que la alienta.» Y siguen los ataques personales, y aumenta la campaña de desprestigio contra el ausente, que acaso, acaso, no cometió otro delito, que ofrecer las primicias de sus entusiasmos y las energías de su corto valer, a este, que entonces no supo comprenderle y ahora despechado le detracta... El acusador termina y descansa satisfecho: los amigos se despiden y lentamente se va disolviendo la camarilla... Y todos estos señores, que callaron, que no objetaron nada al cruel comentario, van recapacitando... que no hay razón que justifique la pública crítica apasionada, de un individuo contra otro..., que es grave, gravísimo el sostener que un hombre no ocupa dignamente el ministerio, que otros le confiaron...; que para demostrar que afirmaciones de tal naturaleza, no son patrañas, es preciso presentar pruebas...; y que aun no presentándolas, tales habladurías solo podían traer como consecuencia, controversias, luchas enconadas e inacabables...

Cuan lamentable es la falta de humildad en los hombres; la carencia de este sentimiento nobilísimo, estimula y exacerba las pasiones y hace que escenas como la referida, se repitan constantemente en los paseos, en las tertulias, en las visitas... y cuando yo me entero de esas cosas, solo se me ocurre pensar, que solo los seres sin caridad pueden intentar levantar el brazo para arrojar la primera piedra, olvidando, ¡ay tristes!, que es axiomático, por que lo ha dicho el mismo Cristo, que la imperfección es condición humana y que nadie, por mucho que lo presume, podrá excluirse á ella, para reconocerla y señalarla en los demás.

Funesto pecado, es el engrandecimiento, pero pues, no podemos combatirlo con la humildad, conservémosla en lo íntimo de nuestro ser, como preciado tesoro, ya

que ella es la gran dominadora y niveladora de las pasiones humanas.

A. A.

CIVILIZACIÓN

No es la misión del hombre ciertamente, la de disfrutar, con blandura, cuantos goces estén en relación con su existencia física, sino la de ampliar sus cualidades morales é intelectuales, que evidentemente es la valla, por la que está separado de los restantes seres orgánicos.

La verdadera civilización, tiene por fundamento la perenne armonía orgánica, moral é intelectual, y como esta admirable armonía queda destruida cuando se atan con más fuerza de la debida, los lazos que unen al hombre con el mundo físico, de aquí que tenga por resultante, tal proceder, una visible y manifiesta decadencia en la civilización.

Torpemente se conducirá aquella sociedad que se ocupe más de los intereses materiales que de los morales, cuya consecuencia primera será la debilitación de su poder, y, si no realiza un gran esfuerzo, su ruina será inevitable apesar de esa falsa robustez, que es tan solo la máscara que oculta el germen destructor que lleva en sus entrañas.

Grande y valiente fué Roma, en sus primeras épocas, dominó el mundo, por sus grandes virtudes y ejemplares costumbres, posteriormente en tiempo del Imperio, fué perdiendo lentamente su formidable poder y enervando sus virtudes al arrullo halagador de la molición esperaba el momento que un pueblo exento de ciertos vicios, inundase, cual torrente, sus fértiles campiñas.

La Providencia había decretado la caída del Coloso, y este fué en busca, como último refugio, de las murallas de Bizancio. Allí arrastró una vida raquítica muriendo tras agonía prolongada y penosa.

Es digno de expresar, que en los últimos tiempos del Bajo Imperio alcanzaban gran pujanza y desarrollo las Artes y las Ciencias, y entonces fué cuando el estado se desmoronaba, á pasos de gigante, por carecer de un principio salvador que pudiese impedir su ruina.

Es posible que el olvido de aquella fórmula antigua «mens sana in corpore sano» y el profundo alejamiento de la verdadera civilización del cristianismo, sean causa de los grandes defectos de que adolece nuestra civilización.

M. DE ZENEMIG

Curación de la ostarata por nuevo procedimiento del

Dr. ALFONSO OCULISTA

Ex-Profesor del Instituto Oftálmico Nacional.

Plaza de San Bartolomé 9.—MURCIA

Dispensario para pobres: Casa Misericordia.

POETAS MURCIANOS

SUPLICIO

*He descendido al Infierno
maravilloso de Dante,
y no hallé el suplicio eterno...
Besé tu mirada amante...
y he descendido al Infierno
maravilloso de Dante.*

JACOBO M. MARIN-BALDO

(Del libro «Madrigales».)

LITERARIA

Recuerdos de mi tierra

*No estimo la actualidad más
que porque he de nutrir de recuerdos
mi senectud. La acción es la flor
y la nostalgia el fruto. En estos días
invernales, viendo llover, y acariciado
por la tibieza del home, ¡cuán dulce
ir repasando las memorias, en la charla,
en un cuaderno de notas, en un álbum
de fotografías!...*

Invaden los polvorosos caminos que conducen al pueblo las tardas y pesadas carretas, repletas de trigo, que arrastran rumiando plañideramente los sufridos bueyes. Guíanlas atléticos mocetones endomingados, de tostada tez.

Piérdese a lo lejos el varonil canto de la espigadora...

Aturden los campos con sus alegres gorgeos los pintarrajeados pajaruelos que revolotean bulliciosos en la enramada...

En lontananza, se divisa la blanquecina silueta del pueblo solapado en la fronda, sobre cuyo caserío se enhiesta majestuoso desafiando a los siglos, dominando el oleaje, verde, gris, azul, de la campiña, el campanario de la iglesia, de donde ahora parte el dulce tañido de la campana que toca las oraciones...

Anochece... Se oye el traqueteo persistente de los carros; tintinea a intervalos una esquila. El cielo está pálido; la negrura ha ascendido de los barrancos a las cumbres... El campo está en silencio... La noche enciende las estrellas que tachonan la celeste bóveda... Es la dulce y apacible noche estival que cantara Fray Luis de León...

Ya los plateados fulgores de la luna inundan las animadas callejas de la aldea y de allá de los ámbitos inmensos del espacio, se desprenden a ratos las caliculares pajuelas...

Suenan las nueve...; de nuevo se percibe la vigorosa entonación de la campana, más lúgubre y quejumbrosa... Huyen los vencejos.

Las angostas calles quedan desiertas... Duermen las cigüeñas en los nidos de la torre, mientras las lechuzas ciernen sus alazas sobre las lámparas de oscilante y moribunda luz que chisporrotean ante el Altar Mayor... En el campo, suena de

